

la experiencia, que presto hubiera olvidado, se graba en su juicio con el auxilio de la fábula. No hay conocimiento moral que no pueda adquirirse con la experiencia ajena ó con la suya propia. En los lances que es peligrosa esta experiencia, saca de la historia su leccion; cuando no puede traer la prueba muy funestas consecuencias, bueno es que quede el mancebo expuesto á ella; y luego, por medio del apólogo, se compendian en máximas los casos particulares que conoce.

No es decir con esto que se deban desenvolver ni aun enunciar estas máximas. La cosa mas vana y peor entendida, es la moralidad con que concluye la mayor parte de las fábulas; como si no debiera hallarse difundida esta moralidad en todo el contesto de cada una, de manera que fuese palpable para el lector. Pues ¿por qué poniendo al fin esta moralidad, le quitan la satisfaccion de encontrarla él por sí? El talento de instruir consiste en que el discipulo tome gusto á la instruccion; y para ello no ha de quedar de tal manera pasiva su inteligencia en todo cuanto le digais, que nada absolutamente tenga que hacer para entenderos. Menester es que el amor propio del maestro deje siempre algun lugar al suyo; menester es que pueda decir para sí: «Concibo, penetro, obro, me insrruyo.» Una de las cosas que hacen inaguantable el Pantalon de la comedia italiana, es el afan que se toma por explicar al público las simplezas que este entiende de sobra. No quiero que un ayosea Pantalon, y mucho menos un autor. Siempre se ha de dar uno á entender, mas no siempre lo ha de decir todo; el que hace esto poco dice, porque al fin nadie le escucha. ¿Qué significan los cuatro versos que añade Samaniego á la fábula del leon y el raton? ¿Se teme que no le hayan entendido? ¿Necesita tan buen pintor poner debajo de lo que pinta, el nombre, como Orbaneja? Lejos de generalizar así su moralidad, la particulariza, la ciñe en algun modo á los ejemplos que cita, y estorba que se aplique á otros. Quisiera que antes de poner en manos de un mozo las fábulas de este excelente autor, se quitasen todas las conclusiones en que se toma el trabajo de explicar lo que con tanto donaire como claridad acaba de decir. Si vuestro alumno

no entiende la fábula sin la explicacion, estad cierto de que tampoco con ella la entenderá.

Tambien convendria dar á estas fábulas un orden mas didáctico y mas conforme con el progreso de los afectos y luces del mancebo. ¿Dónde hay cosa mas desatinada que seguir puntualmente el orden numérico del libro, sin tener cuenta con la ocasion ni la necesidad? Por ejemplo, la zorra y las uvas, luego la cierva y la viña, luego el asno cargado de reliquias, etc. Todavía tengo ojeriza al dichoso asno, porque recuerdo haber visto á un hijo de un marqués, destinado á ser gentil hombre, á quien todo el dia estaban hablando de tan ilustre destino, que leyó esta fábula, la cogió de memoria y la repitió cien y cien veces, sin ocurrirle nunca el mas leve reparo contra el oficio que le querian dar. Por mi parte nunca he visto que hiciera un niño aplicacion sólida de las fábulas que aprendia, ni tampoco que nadie procurara que hiciese tal aplicacion. La instruccion moral es el pretexto de este estudio; pero el verdadero objeto de la madre y del niño no es otro que hacer se ocupe toda una concurrencia en oírle decorar sus fábulas; por eso se le olvidan todas cuando llega á mozo, y no se trata de decirlas de corrido, sino de aprovecharse de ellas. Repito que es propio de hombres solamente el instruirse en las fábulas; y este es el tiempo de que Emilio empiece.

Señalo desde lejos, porque tampoco quiero decirlo todo, las sendas que desvian del camino recto, para que se sepan evitar. Creo que siguiendo la que he indicado, comprará vuestro alumno el conocimiento de los hombres y de sí mismo lo mas barato posible; y le poneis en ocasion de contemplar los vaivenes de la fortuna sin envidiar la suerte de sus validos, y de estar satisfecho consigo sin reputarse por mas sabio que los demás. Tambien habeis empezado por hacerle actor para hacerle espectador: es preciso concluir; porque desde las butacas se ve la apariencia de los objetos, pero en las tablas se ven como realmente son. Para abarcar la totalidad, es preciso colocarse en el punto verdadero de vista; y acercarse para ver los pormenores. ¿Pero con qué título se introducirá un jóven en los negocios del

mundo? ¿Qué derecho tiene para que le inicien en estos tenebrosos misterios? Enredos de galanteos ciñen los intereses de su edad; todavía solo de sí dispone, que es como si de nada dispusiera. La mas vil de las mercaderías es el hombre, y de nuestros importantes derechos de propiedad siempre el de la persona es el que menos vale.

Cuando veo que en la edad de mayor actividad se ciñen los estudios de los mancebos á objetos meramente especulativos, y luego sin la menor experiencia los lanzan fuera de tiempo en el mundo y su tráfico; hallo que no menos pugnan con la razon que con la naturaleza, y no extraño que tan pocas gentes sepan conducirse. ¿Qué idea tan extravagante ha sido el enseñarnos tantas cosas inútiles, mientras que en nada es tenido el arte de obrar? Pretenden formarnos para la sociedad, y nos instruyen como si debiera cada uno de nosotros vivir solo meditando en una celda, ó tratando de negocios fútiles con personas indiferentes. Pensais que enseñais á vivir á vuestros hijos, cuando les enseñais ciertas contorsiones de cuerpo y ciertas expresiones de rutina que nada significan. Yo tambien he enseñado á vivir á mi Emilio, que ha aprendido á vivir consigo mismo, y además á ganar su pan. Pero esto no basta. Para vivir en el mundo, es preciso que sepa tratar con los hombres, que conozca los instrumentos que en ellos influyen; es preciso que calcule la accion y reaccion del interés particular en la sociedad civil, y que prevea con tanta exactitud los sucesos, que rara vez se engañe en sus empresas, ó á lo menos que tome siempre los mejores medios para llevarlas á cabo. Las leyes no permiten á los jóvenes que cuiden sus asuntos propios, ni que dispongan de su caudal: ¿pero de qué les servirian estas precauciones, si no pudiesen adquirir experiencia alguna hasta la edad prescrita? Nada habrian adelantado con la dilacion, y tan rudos estarian de veinte y cinco años como de quince. Sin duda se ha de estorbar que un jóven obcecado por su ignorancia, ó engañado por sus pasiones, se perjudique á sí propio; pero en cualquiera edad es permitido ser benéfico, en cualquiera edad puede uno, bajo la direccion de un hombre prudente, am-

parar á los menesterosos que solo necesitan un apoyo.

Las nodrizas y las madres se aficionan á las criaturas por los afanes que estas les cuestan; el ejercicio de las virtudes sociales planta en lo interior de los corazones el amor de la humanidad, y haciendo bien nos hacemos buenos: no conozco práctica mas segura. Ocupad á vuestro alumno en todas cuantas buenas obras están á su alcance; sea siempre su interés el de los desvalidos; no los asista solo con su bolsillo, sino tambien con sus solicitudes; sirvalos, ampárelos, conságreles su persona y su tiempo; hágase su agente de negocios; que en su vida puede desempeñar mas noble empleo. ¡Cuántos oprimidos que nunca hubieran sido escuchados, alcanzarán justicia, cuando por ellos la solicite con aquella esforzada entereza que infunde; la práctica de la virtud; cuando se franquee las casas de los ricos y poderosos; cuando vaya, si es necesario, á echarse á los piés del monarca para que oiga la voz de los menesterosos, á quienes su miseria cierra todos los caminos y que por miedo de recibir castigo por los males que padecen, ni aun se atreven á quejarse.

¿Haremos de Emilio un caballero andante, un enderezador de entuertos, un paladin? ¿Se irá á meter en los asuntos públicos, á hacer de sábio y defensor de las leyes; con los grandes, con los magistrados y con el príncipe; de procurador á casa de los jueces, y de abogado en los tribunales? Nada de todo eso sé. Los nombres de escárnios y fruslería no mudan la esencia de las cosas. Hará todo cuanto vea que es bueno y provechoso, y nada mas; y bien sabe que todo aquello que desdice de su edad no puede ser provechoso ni bueno. Sabe que consigo mismo ha contraido sus primeras obligaciones; que deben desconfiar los jóvenes de sí propios, ser circunspectos en su conducta, respetuosos delante de las personas de mayor edad, mirados y recatados para no hablar sin que venga al caso, modestos en las cosas indiferentes, pero valientes para hacer bien, y resueltos para decir verdad. Así eran aquellos ilustres romanos que, antes de ser admitidos en los cargos, gastaban su mocedad en perseguir el delito y patrocinar la inocencia, sin otro interés que el de instruirse en ser-

vicio de la justicia y en amparo de las buenas costumbres.

No gusta Emilio de bulla ni de quimeras, no solo entre los hombres (1) mas tampoco entre los animales. Nunca azuza dos perros para que riñan, ni hace que un perro corra tras un gato. Este espíritu pacífico es efecto de su educacion, que no habiendo dado pábulo al amor propio y á una alta opinion de sí mismo, le ha impedido que buscarse sus delicias en la dominacion y en la desdicha ajena. Padece cuando ve padecer, que es un efecto natural. Lo que hace que se endurezca un jóven, y tenga gusto en ver atormentar á un ser sensible, es que por una reflexion de vanidad se contempla exento de las mismas penas por su discrecion ó su superioridad. El que ha sido preservado de esta disposicion de ánimo no puede incurrir en el vicio que de ella es consecuencia. Así Emilio gusta de la paz; la imágen de la felicidad es halagüeña para él; y mira como medio de participar de ella el contribuir á producirla. No he supuesto que cuando ve desventurados se ciñese á aquella con-

(1) Mas si le buscan quimera, ¿cómo se habrá de conducir? Respondo que nunca tendrá quimeras, ni dará margen para que con él las tengan. Pero finalmente, proseguirán, ¿quién está libre de un mentís ó de una bofetada de un mal criado, de un borracho, ó de un picaro, que por tener la satisfaccion de quitar á uno la vida, le quita primero la honra? Eso es otra cosa: el honor de los ciudadanos no ha de estar á merced de un mal criado, de un borracho, ni de un bribon, y es tan imposible preservarse de semejante desman, como de que le caiga encima una teja. Una bofetada, un mentís recibido y aguantado, producen efectos civiles que la prudencia no puede precaver, y de que no puede resarcir al agraviado, tribunal ninguno: entonces la insuficiencia de las leyes le restituye su independencia; es el único magistrado, el único juez entre el ofensor y él, el único intérprete y ministro de la ley natural; se debe justicia, y él solo puede hacérsela; y no hay en la tierra gobierno ninguno tan desatinado que, por hacérsela él, le castigue en este caso. No digo que deba desafiarse, que es una extravagancia; digo, sí, que se debe justicia, y que es el único dispensador de ella. Sin tanta inútil pragmática contra los duelos, si fuera soberano, yo respondo que no se daría nunca una bofetada ni un mentís en mis estados, y eso por medio muy sencillo en que no se meterian los tribunales. Sea como fuere, Emilio sabe la justicia que se debe á sí propio en este caso, y el ejemplo que debe á la seguridad de las personas de honor. No pende del hombre de mas entereza estorbar que le insulten; pero sí pende de él que no se vayan alabando mucho tiempo de haberle insultado.

miseracion estéril y cruel que se limita á compadecerse de los males que pueden remediar. En breve le da su activa beneficencia luces que con un pecho mas duro no hubiera adquirido, ó hubiera adquirido mucho mas tarde. Si ve reinar la discordia entre sus camaradas, procura reconciliarlos; si ve afligidos, se informa del motivo de su afliccion; si ve que dos sujetos se aborrecen, quiere averiguar la causa de su enemistad: si ve que gime un oprimido por las vejaciones de un poderoso y un rico, averigua las malas artes que encubren estas vejaciones; y en el interés que le inspiran todos los desvalidos, nunca son para él indiferentes los medios de poner fin á sus males. ¿Pues qué tenemos que hacer para sacar utilidad de estas disposiciones de un modo que no desdiga de su edad? Regular sus solicitudes y sus conocimientos, y emplear su fervor en aumentarlos.

No me canso de repetirlo; todas las lecciones que deis á la juventud, reducídlas á ejemplos y no á razones; nada aprendan en los libros de cuanto les puede enseñar la experiencia. ¿Qué proyecto tan extravagante es ejercitarlos en que hablen sin tener nada que decir; creer que les hacen sentir en los bancos de un aula la energia del idioma de las pasiones, y toda la fuerza del arte de la persuasion, sin que tengan interés en persuadir á nadie cosa alguna! Todos los preceptos de la retórica parecen mera palabrería á quien no ve cómo ha de usarlos en beneficio suyo. ¿Qué importa á un estudiante saber cómo hizo Anibal para determinar á sus soldados á que pasaran los Alpes? Si en vez de esas magnificas arengas, le dijeseis lo que ha de hacer para persuadir á su catedrático á que le dé asueto, estad cierto de que pondría mas atencion en vuestras reglas.

Si quisiese enseñar la retórica á un jóven cuyas pasiones estuviesen ya todas desenvueltas, sin cesar le presentaria objetos capaces de lisonjear estas pasiones, y examinaria con él qué estilo deberia usar con los demás hombres para inducirlos á que fuesen propicios á sus deseos. Pero no está Emilio en situacion tan ventajosa para el arte oratoria; ceñido en lo físico á casi solo lo indispensable, menos necesita de los demás que los demás necesitan de él; y como nada tiene que pedirles

para sí, lo que les quiere persuadir no le importa tanto que le cause sensible conmocion. De aquí se sigue que generalmente debe usar un estilo sencillo y poco figurado. Por lo comun se explica con propiedad, y solo para que le entiendan. Es poco sentencioso, porque no ha aprendido á generalizar sus ideas; y usa pocas imágenes, porque rara vez se apasiona.

Sin embargo, no quiere esto decir que sea flemático y frio, pues ni su edad, ni sus costumbres, ni sus inclinaciones se lo permiten: en el ardor de la adolescencia, contenidos y destilados en su sangre los espíritus vivificantes, producen en su juvenil corazon un calor que brilla en sus miradas, que se siente en sus corazones, y se manifiesta en sus acciones. Su estilo ha tomado acento; y alguna vez vehemencia. El noble afecto que le inspira le da elevacion y fuerza: penetrado del tierno amor de la humanidad, cuando habla trasmite los movimientos de su ánimo; su generosa ingenuidad tiene un no sé qué, mas embelesador que la artificiosa elocuencia de los demás; ó mas bien es de verdad elocuente, pues no tiene mas que manifestar lo que siente para comunicárselo á los que le escuchan.

Cuanto mas lo pienso, mas me conenzo de que poniendo de esta manera en accion la beneficencia y sacando de nuestro buen ó mal éxito reflexiones acerca de la causa de uno ó de otro, pocos conocimientos útiles hay que no puedan cultivarse en el espíritu de un mozo, y que con todo el saber verdadero que se puede aprender en los colegios, aprenderá además una ciencia mas importante todavia, que es la aplicacion de esta doctrina á los usos de la vida. No es posible que interesándose tanto por sus semejantes, no aprenda muy temprano á pesar y valuar las acciones, los gustos y las inclinaciones de estos, y á atribuir generalmente su justo valor á lo que puede acarrear utilidad ó detrimento al bien de los hombres, con mas tino que aquellos que no interesándose por nadie, nada hacen por otro. Los que nunca tratan mas que de sus propios asuntos, se apasionan en demasia para que puedan juzgar de las cosas con rectitud. Refiriéndolo todo á sí solos, y sacando solamente de su interés las ideas del bien y el mal,

se llenan la cabeza de mil preocupaciones, y en todo cuanto puede oponer el menor óbice á su utilidad, al punto ven el trastorno del universo.

Dilatando el amor propio sobre los demás seres, le trasformaremos en virtud, y no hay pecho humano en que no se halle la raíz de esta. Cuanto menos inmediata conexion tiene con nosotros el objeto de nuestra solicitud, menos temible es la ilusion del interés particular; cuanto mas se generaliza este interés, mas equitativo se hace, y el amor del linaje humano no es otra cosa en nosotros que el amor de la justicia. Por tanto, si queremos que Emilio ame la verdad, si queremos que la conozca, retengámosle siempre lejos de sí mismo en los negocios. Mientras mas consagra su solicitud á la felicidad ajena, mas discreta y sagaz será aquella, y menos se engañará acerca de lo que es bueno ó malo; pero no le consintamos nunca ciegas preferencias, fundadas en excepcion de personas, ó en injusta preocupacion de ánimo. ¿Por qué ha de hacer perjuicio á uno por servir á otro? Poco le importará á quien le ha de caer en suerte mas dicha, con tal que contribuya él á la mayor dicha de todos; ese es el primer interés del sábio despues del interés privado, porque cada uno es parte de su especie, y no de otro individuo.

Así que para estorbar que la piedad degenera en flaqueza, es preciso generalizarla, y explayarla á todo el género humano. Cuando no va acorde con la justicia no nos dejamos llevar de ella, porque entre todas las virtudes, la justicia es la que mas contribuye al bien comun de los hombres. Por razon, y por nuestro amor debemos todavia mas compasion á nuestra especie que á nuestro prójimo; y es la mayor crueldad con los hombres la piedad que se tiene de los malos.

En cuanto á lo demás, no nos olvidemos de que todos estos medios por los cuales lanzo á mi alumno fuera de su propio ser, tienen no obstante una relacion directa con él, puesto que no solo resulta de ellos un gozo interior, sino que haciéndole benéfico en provecho ajeno, trabajo en su propia instruccion.

Primero habia presentado los medios, y ahora hago ver el efecto. ¡Cuán grandes ideas miro que poco á

poco se coordinan en su cabeza! ¡Qué sublimes afectos sofocan en su pecho el germen de las mezquinas pasiones! ¡Qué rectitud de juicio, qué atinada razon observo se forman en él con el cultivo de sus propensiones, con la experiencia que aprisiona los deseos de un alma grande en el estrecho sitio de la posibilidad, y hace que un hombre superior á los demás, no pudiendo ensalzarlos hasta su esfera, sepa bajarse á la de ellos! En su entendimiento se graban los verdaderos principios de la justicia, los verdaderos dechados de la hermosura, todas las relaciones morales de los seres, y todas las ideas de órden; ve el lugar de cada cosa, y la causa que de él la desvia; ve lo que puede hacer bien, y lo que lo estorba; conoce, sin haberlas experimentado, las ilusiones y la accion de las pasiones humanas.

Sigo adelante, arrastrado por la fuerza de las cosas, pero sin engañarme acerca del juicio que van á formar mis lectores. Mucho tiempo hace que me ven en los países de la fantasia, y yo los veo siempre en los de la preocupacion. Aunque me aparto tanto de las opiniones vulgares, no por eso dejo de tenerlas presentes en el entendimiento; y las examino y las medito, no para seguir las, ni para desecharlas, sino para pesarlas en la balanza de la razon. Siempre que esta me fuerza á que me desvíe de ellas, tengo ya por sabido, instruido por la experiencia, que no me han de imitar: sé que empeñados en no creer posible mas que lo que ven, se persuadirán de que el jóven que aqui figuro es un ser imaginario y fantástico, porque se diferencia de aquellos con quienes le comparan: sin hacerse cargo de que es fuerza que se diferencie de ellos, puesto que habiendo sido educado de un modo totalmente distinto, movido de afectos diametralmente contrarios, instruido de diversa manera que ellos, seria mucho mas extraño que se les pareciese que no que fuese cual yo le supongo. Este no es el hombre del hombre, es el hombre de la naturaleza; y ciertamente debe ser muy extraño á sus ojos.

Al empezar esta obra, nada suponía que no pudiese observar todo el mundo lo mismo que yo, porque hay un punto, que es el nacimiento del hombre, del cual

todos igualmente salimos; pero cuanto mas adelantamos, yo para cultivar la naturaleza, y vosotros para depravarla, mas nos desviamos unos de otros. A los seis años se diferenciaba poco mi alumno de los vuestros que aun no habiais tenido lugar para desfigurar; ahora en nada se parecen; y la edad de hombre formado, á que se va acercando, le debe mostrar de una manera absolutamente diversa, si no he perdido todas mis tareas. La suma de lo que han adquirido puede que con poca diferencia sea igual por una y otra parte; pero las cosas que han adquirido no son parecidas. Os choca encontrar en él unos afectos sublimes de que no hay en los otros ni el menor germen; pero considerad que estos son ya todos filósofos y teólogos, antes que sepa siquiera Emilio qué cosa es filosofia, ni qué haya oido aun nombrar á Dios.

Aunque me dijese: «Nada de cuanto suponeis existe; los mozos no son así, tienen tal ó cual pasion, hacen esto ó lo otro;» es como si afirmasen que un peral nunca es un árbol alto, porque los que vemos en nuestros jardines todos son enanos.

Ruego á estos jueces tan prontos en censurar, consideren que lo que dicen lo sé yo lo mismo que ellos; que verosímilmente he meditado mas tiempo, y que no teniendo interés alguno en engañarlos, tengo derecho para exigir se tomen mas espacio para averiguar en qué me engaño; que examinen bien la constitucion del hombre; que sigan los primeros desarrollos del corazon en tal ó cual circunstancia, para que vean cuánto puede diferenciarse un individuo de otro por sola la fuerza de la educacion; que comparen luego la mia con los efectos que le atribuyo, y me digan en qué he discurrido mal; y nada me quedará que responderles.

Lo que mas me hace afirmarlo, y segun creo, me disculpa de ello, es que en vez de dejarme llevar del espíritu de sistema, otorgo lo menos posible al raciocinio, y solo me fio de la observacion. No me fundo en lo que he imaginado, sino en lo que he visto. Verdad es que no he limitado mis experimentos al recinto de los muros de un pueblo, ni á una sola clase de personas; mas despues de haber comparado tantas clases y pueblos cuantos he podido ver en el espacio de una vida consa-

grada á observarlos, he quitado como artificial, lo que pertenecía á un pueblo y no á otro y era peculiar de un estado y no de otro; y solo he mirado como propio sin disputa del hombre, lo que era comun á todos, de cualquier edad, clase y nacion que fuesen.

Ahora, si conforme á este método seguís desde su niñez á un mozo que no haya recibido forma particular, y que penda lo menos posible de la autoridad y la opinion ajena, ¿á quién pensais se parecerá, á mi alumno ó á los vuestros? Esta me parece sea la cuestion que ha de resolverse si me he extraviado.

No empieza el hombre con facilidad á pensar; pero asi que empieza, ya no cesa. Quien ha pensado pensará siempre, y ejercitado una vez el entendimiento en la reflexion, ya no puede permanecer en sosiego. Asi pudiéramos creer que hago mucho, ó muy poco; que no es naturalmente el espíritu humano tan pronto en abrirse; y que despues de haberle dado medios fáciles que no tiene, le retengo sobrado tiempo encerrado en un círculo de ideas de que ya debe haber salido.

Mas considerad lo primero que, si queremos formar el hombre de la naturaleza, no por eso tratamos de hacerle un salvaje, y relegarle en lo enmarañado de las selvas; sino de que metido en el torbellino social, no se deje arrastrar de las pasiones, ni de las opiniones de los hombres; de que vea por sus ojos y sienta por su corazon; y de que no le gobierne ninguna autoridad, como no sea la de su propia razon. En tal estado, claro es que la multitud de objetos que en él hacen impresion, los frecuentes afectos que le mueven, los diversos medios de satisfacer sus necesidades reales, le deben dar muchas ideas que nunca hubiera tenido, ó que hubiera adquirido con mas lentitud. Se ha acelerado el progreso natural del ánimo, pero no se ha invertido. El mismo hombre que debe permanecer estúpido en las selvas, debe tornarse racional y sensato en las ciudades, cuando en ellas sea mero espectador. No hay cosa mas á propósito para hacer á uno sábio, que las locuras que ve sin tener parte en ellas; y aun aquel que de ellas participa, se instruye, con tal que no se alucine ni le engañe el error de los que las cometen.

Considerad por otra parte, que limitados por nuestras facultadas á las cosas sensibles, no presentamos casi ningun asidero á las nociones abstractas de la filosofía, y á las ideas meramente intelectuales. Para llegar á ellas, es menester desprendernos del cuerpo á que con tanta fuerza estamos adheridos, ó hacer de objeto en objeto un progreso gradual y lento; ó finalmente, salvar con velocidad y casi de un salto, el intervalo, con un paso gigante de que no es capaz la niñez, y para el cual aun los adultos necesitan muchos escalones hechos expresamente para ellos. El primero de estos escalones es la primera idea abstracta; pero con mucha dificultad concibo cómo se pensó en construirle.

El Ser incomprendible que todo lo abarca, que da movimiento al mundo, y forma todo el sistema de los seres, ni es visible á nuestros ojos, ni palpable á nuestras manos, ni accesible á ninguno de nuestros sentidos: patente está la obra, pero oculto el artifice. No es pequeño negocio conocer al fin que existe; y cuando hasta aquí hemos llegado, cuando nos preguntamos ¿quién es? ¿dónde está? se confunde y se descarria nuestra inteligencia, y no sabemos qué pensar.

Quiere Locke que empecemos por el estudio de los espíritus, y luego pasemos al de los cuerpos. Así se anda por la senda de las preocupaciones, la supersticion y el error, no por la de la razon, ni la de la naturaleza bien ordenada, que eso es taparse los ojos para aprender á ver. Es preciso haber estudiado mucho tiempo los cuerpos para formarse nocion de los espíritus, y sospechar que existen. El órden contrario solo sirve para establecer el materialismo.

Y en efecto, una vez que nuestros sentidos son los primeros instrumentos de nuestras luces, los seres corpóreos y sensibles serán los únicos de que inmediatamente tengamos idea. La palabra *espíritu* no tiene significacion ninguna para quien no ha filosofado. Para la plebe y para los niños un espíritu es un cuerpo. ¿No imaginan espíritus que gritan, hablan, dan golpes y meten bulla? Pues me confesarán que espíritus que tienen brazos y lenguas mucho se parecen á cuerpos. Por eso todos los pueblos del mundo, sin exceptuar los

judíos, se fraguaron dioses corpóreos. Nosotros mismos, con nuestros términos de Espíritu, Trinidad, Personas, la mayor parte somos verdaderos antropomorfitas. Confieso que nos enseñan á decir que Dios está en todas partes; pero tambien creemos que el aire está en todas partes, á lo menos en nuestra atmósfera; y la misma voz de *espíritu* no significa en su origen otra cosa que *soplo y viento*. Cuando se acostumbra una persona á decir palabras que no entiende, fácil es hacerle que diga cuanto se quiera.

La conciencia de nuestra accion en los demás cuerpos, debió al principio hacernos creer que, cuando obraban estos en nosotros, era de un modo semejante á aquel con que nosotros obramos en ellos. Asi empezó el hombre animando todos los seres cuya accion sentia. Conociéndose menos fuerte que la mayor parte de estos seres, y no sabiendo hasta dónde alcanzaba su potencia, la supuso ilimitada, haciendo dioses en cuanto hizo cuerpos. En los primeros tiempos, asustados los hombres con todo, no vieron cosa ninguna muerta en la naturaleza. Tan lenta como la idea del espíritu fué para formarse en ellos la de la materia, porque tambien esta es una abstraccion. De suerte que llenaron de dioses sensibles el universo. Los astros, los vientos, las montañas, los rios, los árboles, las ciudades y hasta las casas, todo tenia su alma, su dios, y su vida. Los muñecos de Laban, los *manitúos* de los salvajes, y los *fetiches* de los negros, todas las obras de la naturaleza y de los hombres fueron las primeras divinidades de los mortales; el politeísmo fué su primera religion, y lo será siempre de todo hombre flaco y medroso que no tenga tan cultivado el espíritu que reuna el sistema total de los seres en una sola idea, y dé significado á la voz *sustancia*, que en la realidad es la mayor de las abstracciones. Por tanto, todo niño que cree en Dios, necesariamente es idólatra ó á lo menos antropomorfita; y si la imaginacion ha visto una vez á Dios, milagro será que le conciba luego el entendimiento. A este error justamente nos lleva la idea de Locke.

Cuando hemos llegado, no sé como, á la idea abstracta de la sustancia, vemos que, para admitir una

sustancia única, seria forzoso suponer en ella cualidades incompatibles que mutuamente se excluyen, como el pensamiento y la extension; esta que esencialmente es divisible, y aquel que excluye toda divisibilidad. Concebimos por otra parte que el pensamiento, ó si se quiere el sentimiento, es una cualidad primitiva, inseparable de la sustancia á que pertenece; y que lo mismo es la extension, con respecto á su sustancia. De donde se infiere que los seres que pierden una de estas cualidades, pierden la sustancia á que pertenece esta; por consiguiente, que la muerte no es mas que una separacion de sustancias, y que los seres en que se hallan reunidas estas dos cualidades, se componen de las dos sustancias á que dichas cualidades pertenecen.

Considerad ahora la distancia que todavia media entre la nocion de las dos sustancias y la de la naturaleza divina; entre la incomprendible idea de la accion de nuestra alma en nuestro cuerpo, y la de la accion de Dios en todos los seres. Las ideas de creacion, de aniquilacion, de ubicuidad, de eternidad, de omnipotencia; las de los divinos atributos; todas esas ideas que á tan pocos hombres es dado ver tan confusas y tan oscuras como son, y que ninguna oscuridad tienen para la plebe, porque no comprende nada de ellas, ¿cómo se han de presentar con toda su fuerza, esto es, con toda su oscuridad, á inteligencias bisoñas, ocupadas todavia en las primeras operaciones de los sentidos, y que solo conciben lo que tocan? En vano están abiertos alrededor nuestro los abismos de lo infinito; no sabe un niño asustarse de ellos, porque no pueden sondear su profundidad ojos tan débiles. Para los niños todo es infinito; á nada saben poner límites; y no porque hacen la medida larga, sino porque tienen corto el entendimiento; y casi siempre he notado que el infinito le colocan antes mas acá que mas allá de las dimensiones que conocen. Un espacio inmenso mas le valuarán por sus piés que por sus ojos; y no le extenderán hasta mas allá de donde pueden ver, sino hasta mas allá de donde pueden ir. Si les hablan del poder de Dios, le tendrán por casi tan fuerte como su padre. Como en todas cosas su conocimiento es para ellos la medida de las posibili-